

Cuando te busco, te encuentro,
como te buscó Granada
y te entronizó glorioso
y protector te nombrara.
La ciudad guarda silencio,
en oraciones calladas,
cuando vas por San Antón
el Lunes de madrugada.

Cuando ya oscura es la noche
ante tu muerte callada
solo la luz de los cirios,
luz de fe que no se apaga.

Santo Cristo portentoso,
Consuelo de tantas almas,
muestra tu misericordia
y ten piedad de Granada.

La infinita paciencia de Granada irá teniendo su recompensa, conforme avance la Semana Santa y el Jueves Santo comience a llegar a su fin. Cuando la luz haya dejado paso al brillo de una Estrella que, como lucero del alba, brilla sobre la ciudad desde el privilegiado mirador de San Cristóbal. Una Estrella que baja para hacerse presente en los corazones de una Granada que la tiene por Madre y Reina de la Pasión.

Y llegada la hora nona, Granada sabe donde tiene que estar. Granada siempre estuvo y siempre está en el Campo del Príncipe, donde siempre buscó el amparo de un Cristo de los Favores que noche y día está dispuesto a escuchar las plegarias, en ese enclave de devoción cercado de rejas.

¿Cuántas manos se habrán agarrado a esas rejas aferrándose a ellas para hablar al Cristo de los Favores?. Esas mismas manos a las que les da igual que te encuentres en el Campo o en San Cecilio, que seas de piedra o de madera, que no les importan si una imagen es vicaria de la otra o al revés. Unas manos y unas miradas que te buscan donde te encuentres y saben que Tú siempre escuchas y atiendes cuantos favores se te piden.

Ya no hay más verdad, ni nada más absoluto y contundente que tu muerte. Nada más desolador que ver tu cuerpo demudado y clavado en la cruz. Parece que todo ha terminado. La madrugada se hace silencio, Granada se hace silencio.

Las luces titilantes de los cirios anuncian tu proximidad, Cristo de la Misericordia. Lentamente, muy lentamente te acercas. El crujir de las maderas de tu Paso en cada medida nos huela el alma, como si fuese nuestra propia conciencia la que crucijese castigada y atormentada al reconocer nuestras propias culpas y pecados, necesitada de tu Misericordia y de tu perdón.

Las luces se apagan, el ronco tambor resuena en lo más profundo de nuestro ser. Cortejo de negro, las colas de las túnicas ya no van al brazo, ni en el esparto. Esta noche, las negras colas arrastran sobre el adoquinado en señal de luto, que Cristo ha muerto, que ha muerto por nosotros, que el Cristo de la Misericordia ha salido a Granada y Granada lo estaba esperando.

Silencio... ya no hay más verdad que el Silencio. En el Silencio está toda la verdad, y no hay otra verdad que la Misericordia, que tu Misericordia, la que ilumina y alienta nuestra Fe.

Silencio...

Pero... ¿Qué espera Granada pacientemente? ¿A quién espera Granada? Granada espera en sus Silencios. Granada se recrea en su Silencio. Granada es más íntima, más Granada, en su Silencio.

Allí cada día te buscan, y allí tú estás esperando,
y las gracias que te piden, sin reservas regalando,
conoces de sinsabores, de dolores y de penas,
de enfermedades y llantos, de amores y desamores,
de pesares mitigando, de desengaños sanando
y de devotos rezando que te llegan implorando:
Misericordia divina, la que tu Madre reparte,
bajo Palio el Viernes Santo.
Y alivio para sus dolores, sustento para sus almas
remedios para sus males, refugio a sus temores.
Porque saben que te buscan, y allí tú estás esperando.
Cristo mío de los Favores,
¡Siempre a Granada Escuchando!